

# ARTIGAS Y ZAPATA: HOMENAJE Y TRAICION DE NUESTRO TIEMPO

EDUARDO GALEANO



A carga de lanza o golpes de machete, habían sido los desposeídos quienes realmente pelearon, cuando despuntaba el siglo XIX, contra el poder español en los campos de América. La independencia no los recompensó: traicionó las esperanzas de los que habían derramado su sangre. Cuando la paz llegó, con ella se reabrió una época de cotidianas desdichas. Los dueños de la tierra y los grandes mercaderes aumentaron sus fortunas, mientras se extendía la pobreza de las masas populares oprimidas. Al mismo tiempo, y al ritmo de las intrigas de los nuevos dueños de América Latina les cuatro virreynatos del Imperio Español saltaron en pedazos y múltiples países nacieron como esquirlas de la unidad nacional pulverizada. La idea de "nación" que el patriciado latinoamericano engendró, se parecía demasiado a la imagen de un puerto activo, habitado por la clientela mercantil y financiera del Imperio Británico, con latifundios y socavones a la retaguardia. La legión de parásitos que había recibido los partes de la guerra de independencia bailando minúe en los salones de las ciudades, brindaba por la libertad de comercio en copas de cristalería británica. Se pusieron de moda las más altisonantes consignas republicanas de la burguesía europea: nuestros países se ponían al servicio de los industriales ingleses y de los pensadores franceses. ¿Pero qué "burguesía nacional" era la nuestra, formada por los terratenientes, los grandes traficantes, comerciantes y especuladores, los políticos de levita y los doctores sin arraigo? América Latina tuvo pronto sus constituciones burguesas, muy barnizadas de liberalismo, pero no tuvo, en cambio, una burguesía creadora, al estilo europeo o norteamericano, que se propusiera como misión histórica el desarrollo de un capitalismo nacional pujante. Las burguesías de estas tierras habían nacido como simples instrumentos del capitalismo internacional, prósperas piezas del engranaje mundial que sangraba a las colonias y a las semicolonias. Los burgueses de mostrador, usureros y comerciantes, que acapararon el poder político, no tenían el menor interés en impulsar el ascenso de las manufacturas locales, muertas en el huevo cuando el libre cambio abrió las puertas a la avalancha de las mercancías británicas. Sus socios, los dueños de la tierra, no estaban, por su parte, interesados en resolver "la cuestión agraria", sino a la medida de sus conveniencias propias. El latifundio se consolidó sobre el despojo, todo a lo largo del siglo XIX.

Frustración económica, frustración social, frustración nacional: una historia de traiciones sucedió a la independencia y América Latina, desgarrada por sus nuevas

fronteras, continuó condenada al monocultivo y a la dependencia. En 1824, Simón Bolívar dictó el Decreto de Trujillo para proteger a los indios del Perú y reordenar allí el sistema de la propiedad agraria: sus disposiciones legales no hirieron en absoluto los privilegios de la oligarquía peruana, que permanecieron intactos pese a los buenos propósitos del Libertador, y los indios continuaron tan explotados como siempre. En México, Hidalgo y Morelos habían caído derrotados tiempo antes y transcurriría un siglo antes de que rebrotaran los frutos de su prédica por la emancipación de los humildes y la reconquista de las tierras usurpadas.

### La Revolución de los Jinetes Pastores

Al sur. José Artigas encarnó la revolución agraria. Este caudillo, con tanta saña calumniado y tan desfigurado por la historia oficial, encabezó a las masas populares de los territorios que hoy ocupan el Uruguay y las provincias argentinas de Santa Fe. Corrientes, Entre Ríos, Misiones y Córdoba, en el siglo heroico de 1811 a 1820. Artigas quiso echar las bases económicas, sociales y políticas de una Patria Grande en los límites del antiguo Virreinato del Río de la Plata, y fue el más importante y lúcido de los jefes federales que pelearon confra el centralismo aniquilador del puerto de Buenos Aires. Luchó contra los españoles y los portugueses y finalmente sus fuerzas fueron trituradas por el juego de pinzas de Río de Janeiro y Buenos Aires, instrumentos del Imperio Británico y por la oligarquía que, fiel a su estilo, lo traicionó no bien se sintió, a su vez, traicionada por el programa de reivindicaciones sociales del caudillo.

Seguían a Artigas, lanza en mano, los patriotas. En su mayoría eran paisanos pobres, gauchos montaraces, indios que recuperaban en la lucha el sentido de la dignidad, esclavos que ganaban la libertad incorporándose al ejército de la independencia. La revolución de los jinetes pastores incendiaba la pradera. La traición de Buenos Aires, que dejó en manos del poder español, y las tropas portuguesas, en 1811, el territorio que hoy ocupa el Uruguay, provocó el éxodo masivo de la población hacia el norte. El pueblo en armas se hizo pueblo en marcha; hombres y mujeres, viejos y niños, lo abandonaban todo tras las huellas del caudillo, en una caravana de peregrinos sin fin. En el norte, sobre el río Uruguay, acampó Artigas con las caballadas y las carretas y en el norte establecería poco tiempo después, su gobierno. En 1815, Artigas controlaba vastas comarcas desde su campamento de Purificación, en Paysandú. "¿ Qué les parece que vi?", narraba un viajero

inglés (1). "El Excelentísimo Señor Protector de la mitad del Nuevo Mundo estaba sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de su rancho, comiendo carne del asador y bebiendo ginebra en un cuerno de vaca! Lo rodeaba una docena de oficiales andrajosos . . . ". De todas partes llegaban, al galope, soldados, edecanes y exploradores. Paseándose con las manos en la espalda, Artigas dictaba los decretos revolucionarios de su gobierno popular. Dos secretarios -no existía el papel carbónico— tomaban nota. Así nació la primera reforma agraria de América Latina, que se aplicaría durante un año en la "Provincia Oriental", hoy Uruguay, y que sería hecha trizas por una nueva invasión portuguesa, cuando la oligarquía abriera las puertas de Montevideo al general Lecor y lo saludara como a un Libertador y lo condujera bajo palio a un solemne Te Deum, honor al invasor, ante los altares de la Catedral. Anteriormente, Artigas había promulgado también un reglamento aduanero que gravaba con un fuerte impuesto la importación de mercaderías extranjeras competitivas de las manufacturas y artesanías de tierra adentro, de considerable desarrollo en algunas regiones argentinas comprendidas en los dominios del caudillo, a la par que liberaba la importación de los bienes de producción necesarios al desarrollo económico y adjudicaba un gravamen insignificante a los artículos americanos, como la yerba y el tabaco del Paraguay (2). Los sepultureros de la revolución también enterrarían el reglamento aduanero.

### El Gaucho: ¿propietario o peón?

26

El código agrario de 1815 — tierra libre, hombres libres—fue "la más avanzada y gloriosa constitución" (3) de cuantas llegarían a conocer los uruguayos. Las ideas de Campomanes y Jovellanos en el ciclo reformista de Carlos III, influyeron sin duda sobre el reglamento de Artigas, pero éste surgió, en definitiva, como una respuesta revolucionaria a la necesidad nacional de recuperación económica y de justicia social. Se decretaba la expropiación y el reparto de las tierras de los "malos europeos y peores americanos" emigrados a raíz de la revolución y no indultados por ella. Se decomisaba la tierra de los enemigos sin indemnización alguna, y a los enemigos pertenecía, dato importante, la inmensa mayoría de los latifundios. Los hijos no pagaban

<sup>(1)</sup> J. P. y G. P. Robertson: "La Argentina en la época de la Revolución. Cartas sobre el Paraguay", Buenos Aires, 1920.

<sup>(2)</sup> Washington Reyes Abadie, Oscar H. Bruschera y Tabaré Melogno: "El ciclo artiguista", Montevideo, 1968.

<sup>(3)</sup> Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez y Lucía Sala de Touron: "Artigas: tierra y revolución", Montevideo, 1967.

la culpa de los padres: el reglamento les ofrecía lo mismo que a los patriotas pobres. Las tierras se repartían de acuerdo con el principio de que "los más infelices serán los más privilegiados". Los indios tenían, en la concepción de Artigas, "el principal derecho". El sentido esencial de esta reforma agraria consistía en asentar sobre la tierra a los pobres del campo, convirtiendo en paisano al gaucho acostumbrado a la vida errante de la guerra y a las faenas elandestinas y el contrabando en tiempos de paz. Los gobiernos posteriores de la cuenca del Plata reducirán a sangre y fuego al gaucho, incorporándolo por la fuerza al trabajo de peón en las grandes estancias, pero Artigas había querido hacerlo propietario: "Los gauchos alzados comenzaban a gustar del trabajo honrado, levantaban ranchos y corrales, plantaban sus primeras sementeras<sup>(4)</sup>.

La intervención extranjera terminó con todo. La oligarquía levantó cabeza y se vengó. La legislación desconoció, en lo sucesivo, la validez de las donaciones de tierras realizadas por Artigas. Desde 1820 hasta fines del siglo, fueron desalojados, a sangre y fuego, los patriotas pobres que habían sido beneficiados por la reforma agraria. No conservarían "otra tierra que la de sus tumbas". Derrotado, Artigas se había marchado al Paraguay, a morirse solo, al cabo de un largo exilio de austéridad y silencio. Los títulos de propiedad por él expedidos no valían nada: el fiscal de gobierno, Bernardo Bustamante, afirmaba, por ejemplo, que se advertía a primera vista "la despreciabilidad que caracteriza a los indicados documentos". Mientras tanto, su gobierno se aprestaba a celebrar, ya restaurado el "orden", la primera Constitución de un Uruguay independiente, desgajado de la Patria Grande por cuya consolidación Artigas había, en vano, bregado.

## Algunas dimensiones de la traición

El reglamento de 1815 contenía disposiciones especiales para evitar la acumulación de tierras en pocas manos. En nuestros días, el campo uruguayo ofrece el espectáculo de un desierto: quinientas familias monopolizan la mitad de la tierra total y, constelación del poder, controlan también las tres cuartas partes del capital invertido en la industria y en la banca (5). Los proyectos de reforma agra-

(5) Vivian Trías: "Reforma agraria en el Uruguay", Montevideo, 1962. Este libro constituye todo un prontuario, familia por familia, de la oligarquía uruguaya.

<sup>(4)</sup> Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez y Lucía Sala de Touron, op. cit. De los mismos autores: "Evolución económica de la Banda Oriental" Montevideo, 1967, y "Estructura económicosocial de la Colonia", Montevideo, 1968.

El País produce violencia y exporta hombres

implican mayores dolores de cabeza.

Y por cierto que brinda ganancias. Las rentas y las ganancias de los capitalistas ganaderos suman no menos de 75 millones de dólares por año en la actualidad. En las épocas del auge de la industria nacional, fuertemente subsidiadia y protegidas por el Estado, buena parte de las ganancias del campo derivó hacia las fábricas nacientes. Cuando la industria entró en su agónico ciclo de crisis, los excedentes de capital de la ganadería se volcaron en otras direcciones. Las más inútiles y lujosas mansiones de Punta del Este brotaron de la desgracia nacional, la especulación financiera desató, después, la fiebre de los pescadores en el río revuelto de la inflación. Pero, sobre todo, los capitales huyeron: los capitales y las ganancias que, año tras año, el país produce. Entre 1962 y 1966, según los datos oficiales, 250 millones de dólares han escapado del

siva, obra de la naturaleza y los peones hambrientos, no

ria se acumulan, unos sobre otros, en el cementerio parlamentario, mientras el campo se despuebla: los desocupados se suman a los desocupados y cada vez hay menos personas dedicadas a las tareas agropecuarias, según el dramático registro de los censos sucesivos. El país vive de la lana y de la carne, pero en sus praderas pastan, en nuestros días, menos ovejas y menos vacas que a principios de siglo. El atraso de los métodos de producción se refleja en los bajos rendimientos de la ganadería —librada a la pasión de los toros y los carneros en primavera, a las lluvias periódicas y a la fertilidad natural del suelo— y también de los cultivos agrícolas. La producción de carne por animal no llega ni a la mitad de la que obtienen Francia o Alemania y otro tanto ocurre con la leche en comparación con Nueva Zelandia, Dinamarca y Holanda; cada oveja rinde un kilo menos de lana que en Australia. Los rendimientos de trigo por hectárea son tres veces menores que los de Francia y en el maíz, los rendimientos de los Estados Unidos superan en siete veces a los del Uruguay (6). Los grandes propietarios, que evaden sus ganancias al exterior, pasan sus veranos en Punta del Este y tampoco en invierno, de acuerdo con su propia tradición, residen en sus latifundios, a los que visitan de vez en cuando en avioneta: hace un siglo, cuando se fundó la Asociación Rural, dos terceras partes de sus miembros tenían ya su domicilio en la capital. La producción exten-

(6) Eduardo Galeano: "Uruguay: Promise and Betrayal", en 'Latin America: Reform or Revolution?", ed. por J. Petras y M. Zeitlin, New York, 1968.

Uruguay rumbo a los seguros bancos de Suiza y Estados Unidos. También los hombres, los hombres jóvenes, bajaron del campo a la ciudad, hace veinte años, a ofrecer sus brazos a la industria en desarrollo, y hoy se marchan, por tierra o mar, rumbo al extranjero. Claro está, su suerte es distinta. Los capitales son recibidos con los brazos abiertos; a los peregrinos, les aguarda un destino difícil, el desarraigo y la intemperie, la aventura incierta. El Uruguay de 1970, estremecido por una crisis feroz, no es ya el oasis de paz y progreso que atraía a los inmigrantes europeos, sino un país turbulento que condena al éxodo a sus propios habitantes. Produce violencia y exporta hombres, tan naturalmente como produce y exporta carne y lana. Los rendimientos productivos son bajos, pero los beneficios muy altos, a causa de los bajísimos costos. Un paisaje sin hombres: los mayores latifundios ocupan, y no todo el año, apenas dos personas por cada mil hectáreas. En los rancheríos, al borde de las estancias, se acumulan, miserables, las reservas siempre disponibles de mano de obra. El gaucho de las estampas folklóricas, tema de cuadros y poemas, tiene poco que ver con el peón que trabaja, en la realidad, las tierras anchas y ajenas. Las alpargatas bigotudas ocupan el lugar de las botas de cuero; un cinturón común, o a veces una simple piola sustituye los anchos cinturones con adornos de oro y plata. Quienes producen la carne han perdido el derecho de comerla: los criollos muy rara vez tienen acceso al típico asado criollo, la carne jugosa y tierna dorándose a las brasas. Aunque las estadísticas internacionales sonríen exhibiendo promedios engañosos, la verdad es que el "ensopado", guiso de fideos y achuras de capón, constituye la dieta básica, falta de proteínas, de los campesinos en el Uruguav<sup>(7)</sup>.

Artemio Cruz y la segunda muerte de Emiliano Zapata

Exactamente un siglo después del reglamento de tierras de Artigas, Emiliano Zapata puso en práctica, en su comarca revolucionaria del sur de México, una profunda reforma agraria.

# "Como si fuera una venganza"

Cinco años antes, el dictador Porfirio Díaz había celebrado, con grandes fiestas, el primer centenario del Grito de Dolores: los caballeros de levita, México oficial, olímpicamente ignoraban el México real cuya miseria alimentaba los esplendores oficiales. En la república de los parias, los ingresos de los trabajadores no habían aumentado en un

(7) Germán Wettstein y Juan Rudolf: "La sociedad rural", Nuestra Tierra, nº 16, Montevideo, 1969.

solo centavo desde el histórico levantamiento del cura Miguel Hidalgo. En 1910, poco más de ochocientos latifundistas, muchos de ellos extranjeros, poseían casi todo el territorio nacional. Eran señoritos de ciudad, que vivían en la capital o en Europa y muy de vez en cuando visitaban los cascos de sus latifundios, donde dormían parapetados tras altas murallas de piedra oscura sostenidas por contrafuertes robustos (8). Al otro lado de las murallas, en las cuadrillas, los peones se amontonaban en cuartuchos de adobe. Doce millones de personas dependían, en una población total de quince millones, de los salarios rurales; los jornales se pagaban casi por entero en las tiendas de raya de las haciendas, traducidos a precios de fábula, en frijoles, harina y aguardiente. La cárcel, el cuartel y la sacristía tenían a su cargo la lucha contra los defectos naturales de los indios, quienes, al decir de un miembro de una familia ilustre de la época, nacían "flojos borrachos y ladrones". La esclavitud, atado el obrero por deudas que se heredaban o por contrato legal, era el sistema real de trabajo en las plantaciones de henequén de Yucatán, en las vegas de tabaco del Valle Nacional, en los bosques de madera y frutas de Chiapas y Tabasco y en las plantaciones de caucho, café, caña de azúcar, tabaco y frutas de Veracruz, Oaxaca y Morelos, John Kenneth Turner, escritor norteamericano, denunció, en un espléndido testimono de su visita (9), que "los Estados Unidos han convertido virtualmente a Porfirio Díaz en un vasallo político y, en consecuencia, han transformado a México en una colonia esclava". Los capitales norteamericanos obtenían, directa o indirectamente, jugosas utilidades de su asociación con la dictadura. "La norteamericanización de México, de la que tanto se jacta Wall Street", decía Turner, "se está ejecutando como si fuera una venganza".

En 1845, los Estados Unidos se habían anexado los territorios mexicanos de Texas y California, donde restablecieron la esclavitud en nombre de la civilización, y a través de sucesivas guerras y tratados, México perdió también los actuales estados norteamericanos de Colorado, Arizona, Nueva México, Nevada, Utah y parte de Oklahoma y Kansas: en total, más de la mitad de la superficie del país. El territorio usurpado equivalía a la extensión actual de la Argentina. "Pobrecito México!", se dice desde entonces, "tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos". El resto de su territorio mutilado sufrió después la inva-

<del>30</del>

<sup>(8)</sup> Jesús Silva Herzog: "Breve historia de la Revolución Mexicana", México/Buenos Aires, 1960.

<sup>(9)</sup> John Kenneth Turner: "México bárbaro". Publicado en Estados Unidos en 1911. México, 1967.

sión de las inversiones norteamericanas en el cobre, en el petróleo, en el caucho, en el azúcar, en la banca y en los transportes. El American Cordage Trust, filial de la Standard Oil, no resultaba en absoluto ajeno al exterminio de los indios yaquis en las plantaciones de henequén de Yucatán, campos de concentración donde los hombres y los niños eran comprados y vendidos como mulas, porque esta era la empresa que compraba más de la mitad del henequén producido y le convenía disponer de la fibra a precios baratos. Otras veces, la explotación de la mano de obra esclava era, como descubrió Turner, directa. Un administrador norteamericano le contó que pagaba los lotes de peones enganchados a cincuenta pesos por cabeza, "y los conservamos mientras duran (...). En menos de tres meses enterramos a más de la mitad" (10).

### Siete siglos de trabajo continuo

En 1910, llegó la hora del desquite. México se alzó en armas contra Porfirio Díaz. Un líder agrarista encabezó desde entonces la insurrección en el sur: Emiliano Zapata, el más puro de los caudillos de la revolución, el más leal a la causa de los pobres, el más fervoroso en su voluntad de redención social.

Las últimas décadas del siglo XIX habían sido tiempos de despojo feroz para las comunidades agrarias de todo México; los pueblos y las aldeas de Morelos sufrieron la febril cacería de tierras, aguas y brazos que las plantaciones de caña de azúcar devoraban en su expansión. Las haciendas azucareras dominaban la vida del estado y su prosperidad había hecho nacer ingenios modernos, grandes destilerías y ramales ferroviarios para transportar el producto. En la comunidad de Anenecuilco, donde vivía Zapata y a la que en cuerpo y alma pertenecía, los campesinos indígenas despojados reivindicaban siete siglos de trabajo continuo sobre su suelo: estaban allí desde antes de que llegara Hernán Cortés. Los que se quejaban en voz alta, marchaban a los campos de trabajos forzados en Yucatán. Como en todo el estado de Morelos, cuyas tierras buenas estaban en manos de diecisiete propietarios, los trabajadores vivían mucho peor que los caballos de polo

(10) John Kenneth Turner: op. cit. México era el país preferido por las inversiones norteamericanas: reunía, a fines de siglo, poco menos de la tercera parte de los capitales de Estados Unidos invertidos en el extranjero. En el estado de Chihuahua y otras regiones del norte, William Randolph Hearst, el célebre "Citizen Kane" del film de Welles, poseía más de tres millones de hectáreas. Fernando Carmona: "El drama de América Latina. El caso de México", México, 1964.

que los latifundistas mimaban en sus establos de lujo. Una ley de 1909 determinó que nuevas tierras fueran arrebatadas a sus legítimos dueños y puso al rojo vivo las ya ardientes contradicciones sociales. Emiliano Zapata, el jinete parco en palabras, famoso porque era el mejor domador del estado y unánimemente respetado por su honestidad y su coraje, se hizo guerrillero. "Pegados a la cola del caballo del jefe Zapata", los hombres del sur formaron rápidamente un ejército libertador (11).

Cayó Díaz y Francisco Madero, en ancas de la revolución, l'egó al poder. Las promesas de reforma agraria no demoraron en disolverse en una nebulosa institucionalista. El día de su matrimonio. Zapata tuvo que interrumpir la fiesta: el gobierno había enviado a las tropas del general Victoriano Huerta para aplastarlo. El héroe se había convertido en "bandido", según los doctores de la ciudad. En noviembre de 1911, Zapata proclamó su Plan de Avala. al tiempo que anunciaba: "Estoy dispuesto a luchar contra todo y contra todos". El Plan advertía que "la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan" y propugnaba la nacionalización total de los bienes de los enemigos de la revolución, la devolución a sus legítimos propietarios de las tierras usurpadas por la avalancha latifundista y la expropiación de una tercera parte de las tierras de los hacendados restantes. El Plan de Ayala se convirtió en un imán irresistible que atraía millares y millares de campesinos a las filas del caudillo agrarista. Zapata denunciaba "la infame pretensión" de reducirlo todo a un simple cambio de personas en el gobierno; la revolución no se hacía para eso.

### La Reforma Agraria del "Atila del Sur"

Cerca de diez años duró la lucha. Contra Díaz, contra Madero, luego contra Huerta, el asesino, y más tarde contra Venustiano Carranza. El largo tiempo de la guerra fue también un período de intervenciones norteamericanas continuas: los marines tuvieron a su cargo dos desembarcos y varios bombardeos, los agentes diplomáticos urdieron conjuras políticas diversas y el embajador Henry Lane Wilson organizó con éxito el crimen del presidente Madero y su vice. Los cambios sucesivos en el poder no alteraban, en todo caso, la furia de las agresiones contra Zapata y sus fuerzas, porque ellas eran la expresión no enmascarada

<sup>(11)</sup> John Womack Jr.: "Zapata y la Revolución Mexicana", México, 1969.

de la lucha de clases en lo hondo de la revolución nacional: el peligro real. Los gobiernos y los diarios bramaban contra "las hordas vandálicas" del general de Morelos. Poderosos ejércitos fueron enviados, uno tras otro, contra Zapata. Los incendios, las matanzas la devastación de los pueblos, resultaron, una y otra vez, inútiles. Hombres, mujeres v niños morían fusilados o ahorcados como "espías zapatistas" y a las carnicerías seguían los anuncios de victoria: la limpieza ha sido un éxito. Pero al poco tiempo volvían a encenderse las hogueras en los trashumantes campamentos revolucionarios de las montañas del sur En varias oportunidades, las fuerzas de Zapata contraatacaban con éxito hasta los suburbios de la capital. Después de la caída del régimen de Huerta, Emiliano Zapata y Pancho Villa, el "Atila del Sur" y el "Centauro del Norte", entraron en la ciudad de México a paso de vencedores y fugazmente compartieron el poder. A fines de 1914, se abrió un breve ciclo de paz que permitió a Zapata poner en práctica, en Morelos, una reforma agraria aun más radical que la anunciada en el Plan de Ayala. El fundador del Partido Socialista y algunos militantes anarco-sindicalistas influyeron mucho sobre este proceso: radicalizaron la ideología del líder del movimiento, sin herir sus raíces tradicionales, y le proporcionaron una imprescindible capacidad de organización.

La reforma agraria se proponía "destruir de raíz y para siempre el injusto monopolio de la tierra, para realizar un estado social que garantice plenamente el derecho natural que todo hombre tiene sobre la extensión de tierra necesaria a su propia subsistencia y a la de su familia". Se restituían las tierras a las comunidades e individuos despojados a partir de la ley de desamortización de 1856, se fijaban límites máximos a los terrenos según el clima y la calidad natural, y se declaraban de propiedad nacional los predios de los enemigos de la revolución. Esta última disposición política tenía, como en la reforma agraria de Artigas, un claro sentido económico: los enemigos eran los latifundistas. Se formaron escuelas de técnicos, fábricas de herramientas y un banco de crédito rural; se nacionalizaron los ingenios y las destilerías, que se convirtieron en servicios públicos. Un sistema de democracias locales colocaba en manos del pueblo las fuentes del poder político y el sustento económico. Nacían y se difundían las escuelas zapatistas, se organizaban juntas populares para la defensa y promoción de los principios revolucionarios, una democracia auténtica cobraba forma y fuerza. Los municipios eran unidades nucleares de gobierno y la gente elegía sus autoridades, sus tribunales y su policía. Los jefes militares debían someterse a la voluntad de poblaciones civiles organizadas. No era la voluntad de burócratas y los generales la que imponía los sistemas producción y de vida. La revolución se enlazaba con tradición y operaba "de conformidad con la costuml y usos de cada pueblo... es decir, que si determina pueblo pretende el sistema comunal así se llevará a cabo, y si otro pueblo desea el fraccionamiento de la tierra para reconocer su pequeña propiedad, así se hará" (12).

### El apogeo y la muerte

En la primavera de 1915, ya todos los campos de Morelos estaban bajo cultivo, principalmente con maíz y otros alimentos. La ciudad de México padecía, mientras tanto, por falta de alimentos, la inminente amencza del hambre. Venustiano Carranza había conquistado la presidencia y dietó, a su vez, una reforma agraria, pero sus jefes no demoraron en apoderarse de sus beneficios; en 1916 se abalanzaron, con buenos dientes, sobre Cuernavaca, capital de Morelos, y las demás comarcas zapatistas. Los cultivos, que habían vuelto a dar frutos, los minerales, las pieles y algunas maquinarias resultaron un botín excelente para los oficiales, que avanzaban quemando todo a su paso y proclamando a la vez, "una obra de reconstrucción y progreso".

34

En 1919, una estratagema y una traición terminaron con la vida de Emiliano Zapata. Mil hombres emboscados descargaron sus fusiles sobre su cuerpo. Murió a la misma edad que el Che Guevara. Lo sobrevivió la leyenda: el caballo alazán que galopaba solo, hacia el sur, por las montañas. Pero no sólo la leyenda. Todo Morelos se dispuso a "consumar la obra del reformador, vengar la sangre del mártir y seguir el ejemplo del héroe" y el país entero le prestó eco. Pasó el tiempo, y con la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), las tradiciores zapatistas recobraron vida y vigor a través de la puesta en práctica, por todo México, de la reforma agraria. Se expropiaron, sobre todo bajo su período de gobierno, 67 millones de hectáreas en poder de empresas extranjeras o nacionales y los campesinos recibieron, además de la tierra, créditos, educación y medios de organización para el trabajo. La economía y la población del país habían comenzado su acelerado ascenso; se multiplicó la producción agrícola al tiempo que el país entero se modernizaba y se industrializaba. Crecieron las ciudades y se amplió, en extensión y en profundidad, el mercado de consumo.

Pero el nacionalismo mexicano no derivó al socialismo, y, en consecuencia, como ha ocurrido en otros países que tampoco dieron el salto decisivo, no realizó cabalmente sus objetivos de independencia económica y justicia social. Un mil'ón de muertos había tributado su sangre, en los largos años de la revolución y la guerra, "a un Huitzilopoxtli más cruel, duro e insaciable que aqué! adorado por nuestros ancestros: el desarrollo capitalista de México, en las condiciones impuestas por la subordinación al imperialismo" (13). Diversos estudiosos han investigado los signos del deterioro de las viejas banderas. Edmundo Flores afirma, en una publicación oficial (14), que "actualmente, el sesenta por ciento de la población total de México tiene un ingreso menor de 120 dólares al año y pasa hambre". Ocho millones de mexicanos no consumen prácticamente otra cosa que frijoles, tortillas de maíz y el chile picante (15). El sistema revela sus hondas contradicciones solamente cuando caen quinientos estudiantes muertos en la masacre de Tlatelolco. Recogiendo cifras oficiales, Alonso Aguilar llega a la conclusión de que hay en México unos dos millones de campesinos sin tierra, tres millones de niños que no reciben educación y cerca de once millones de analfabetos, cinco millones de personas descalzas (16). La propiedad colectiva de los ejidatarios se pulveriza continuamente, y junto con la multiplicación de los minifundios, que se fragmentan a sí mismos, ha hecho su aparición un latifundismo de nuevo cuño y una nueva burguesía agraria dedicada a la agricultura comercial en gran escala. Los terratenientes e intermediarios nacionales que han conquistado una posición dominante trampeando el texto y el espíritu de las leyes, son a su vez dominados, y en un libro reciente se los considera incluidos en los términos "and company" de la empresa Anderson Clayton (17). En el mismo libro, el hijo de Lázaro Cárdenas dice que "los latifundios simulados se han constituido, preferentemente, en las tierras de mejor calidad, en las más productivas".

<sup>(13)</sup> Fernando Carmona: op cit.

<sup>(14)</sup> Edmundo Flores: "¿Adónde va la economía de México?", en Comercio Exterior, vol. XX, nº 1, México, enero de 1970.

<sup>(15)</sup> Ana María Flores: "La magnitud del hambre en México", México, 1961.

<sup>(16)</sup> Alonso Aguilar M. y Fernando Carmona: "México: riqueza y miseria", México, 1968.

<sup>(17)</sup> Rodolfo Stavenhagen, Fernando Paz Sánchez, Cuauhtémoc Cárdenas y Arturo Bonilla: "Neolatifundismo y explotación. De Emiliano Zapata a Anderson Clayton & Co", México, 1968.

El novelista Carlos Fuentes ha reconstruido, a partir de la agonía, la vida de un capitán del ejército de Carranza que se va abriendo paso, a tiros y a fuerza de astucia, en la guerra y en la paz (18). Hombre de muy humilde origen, Artemio Cruz va dejando atrás, con el paso de los años, el idealismo y el heroísmo de la juventud: usurpa tierras, funda y multiplica empresas, se hace diputado, trepa su rutilante carrera hacia las cumbres sociales acumulando fortuna, poder y prestigio en base a los negociados, los sobornos, la especulación, los grandes golpes de audacia y la represión a sangre y fuego de la indiada. El proceso del personaje se parece al proceso del partido que, poderosa impotencia de la revolución mexicana, virtualmente monopoliza la vida política del país en nuestros días. Ambos han caído hacia arriba.

(18) Carlos Fuentes: "La Muerte de Artemio Cruz", México, 1962.